

A la corta o a la larga

por Ramón Díaz

Hay muchos que repiten que los partidarios de la libertad económica carecemos de sensibilidad social, sin tener idea de cuál pueda ser la justificación de tal tesis. Una vez interpele a un amigo que afirmó eso en mi presencia. Mi amigo se sorprendió mucho al saber que yo no reconocía ser indiferente al destino de los seres humanos, ni aceptaba interesarme más por la prosperidad material de los capitalistas que por la supervivencia misma de los trabajadores. Mi amigo no sabía por qué razones prestar apoyo a aquel juicio, pero pensaba que debía haberlas, ya que tanta gente lo hacía suyo.

En el curso de aquella conversación, mi amigo admitió que los liberales que conocía no demostraban en su comportamiento general ser más fríos e insensibles que el común de los mortales. Me reconoció asimismo que si la indiferencia frente al sufrimiento ajeno fuera una connotación inevitable del liberalismo económico, no habría adeptos confesos de tal doctrina. Uno podía apreciar, sin embargo, que algo así como atávico le impedía extraer las consecuencias lógicas de estas premisas.

La última vez que alguien me espetó cara a cara lo de la insensibilidad fue hablando de la crisis actual del agro. ¿Cómo vamos a salir de ésta? Yo insinué que los mercados tienen sus propios mecanismos de ajuste; que el mundo en términos generales está en recesión, pero que cuando se recupere, lo que probablemente comenzará el año próximo, va a ser más fácil; que no es de ninguna manera seguro que si tratáramos de forzar una recuperación conseguiríamos adelantarla; y cosas por el estilo. ¡Zas! Mi interlocutor no se contuvo mucho rato. Para cuando mi solución llegara todos los productores rurales iban a estar muertos, o al menos infartados. Para proponer tal cosa había que ser insensible.

Lo extraño es que mi contradictor no tenía ninguna idea clara sobre qué debía hacerse. ¿Devaluar? No, eso no, ninguna solución catastrófica. ¿Acelerar la tablita? Tal vez. Yo le aseguré que no ayuda-

ría nada. Entonces no sabía, pero algo había que hacer. La actividad en sí misma era expresión de sensibilidad social. Aunque fuera ineficaz. Más aún, aunque fuese contraproducente. Lo único que era impensable, a menos que uno no tuviera corazón, era quedarse de brazos cruzados, y esperar que el mercado se ajustase a sí mismo.

Es difícil de entender. Lo que más se parece a una hipótesis que yo puedo concebir al respecto consiste en distinguir entre el corto y el largo plazo. Para algunos el corto plazo es todo lo que importa. A la larga, sostienen con Keynes, nos habremos muerto todos. Pero no es eso todo lo que importa. Cuando nosotros nos hayamos muerto habrá otros uruguayos en nuestro lugar. Pensar en el largo plazo es tener por ellos la debida consideración.

Un ejemplo. En 1920 estalló una gran crisis general, y sobre todo agropecuaria. Había habido, desde la fase final de la Gran Guerra un gran alza especulativa de precios. El costo de vida subió casi un 30 por ciento en dos años, y se generó lo que ahora llamarían un atraso cambiario muy importante. La depresión fue larga y cruel, pero en 1924, luego que el índice de precios al consumidor había bajado casi Sofo al año, se inició una vigorosa recuperación, y el país entró en una etapa de gran prosperidad.

Antes de 1920 la historia económica del país nos muestra contracciones cíclicas cada pocos años. Las recesiones y deflaciones eran duras, pero los períodos de auge dominaban claramente la escena. El país prosperó notablemente bajo ese orden de cosas.

Sólo después de la crisis de 1929-30 las autoridades buscaron contrarrestar el fenómeno cíclico con medidas monetarias activistas, incluida la devaluación del peso. A los pocos años estábamos devastados por la inflación y éramos presa del estancamiento. Ya no hubo más depresiones: estábamos encallados en el fondo del ciclo. Aquella política monetaria activista de los años '30, '40 y '50, ¿resultó en realidad obra de amor? Yo lo dudo.